

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMÁTICA

ESGRIMA Y AMOR

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1888

ESGRIMA Y AMOR

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO CERVANTES
DE SEVILLA, LA NOCHE DEL 30 DE ENERO DE 1888.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia

2925

SEVILLA
Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lag
1888

A Don Manuel Fernandez de la
Puente, a quien como siempre Don Manuel
sus Mandos y sus Manditos,

Los autores

que le han llamado de las tres maneras.

7 Setiembre 78.

AL EMINENTE ACTOR (i)

SR. D. PEDRO RUIZ DE ARANA

El amor con que esgrimió usted las bien templadas armas de su gran inteligencia y de sus vastos conocimientos escénicos es la única explicación del éxito de ESCRIMA Y AMOR.

Sírvase, pues, aceptar esta humilde dedicatoria como testimonio de nuestra profunda y eterna gratitud, por el interés paternal que desplegó usted, hasta lograr que fuese aplaudido este nuestro primer ensayo literario.

De usted afectísimos amigos y SS. SS.,

Q. B. S. M.,

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

REPARTO

Personajes.	Actores.
<i>Obdulia.</i>	SRTA. PARIS.
<i>Prudencia.</i>	SRA. GALÉ.
<i>Federico.</i>	SR. RUIZ DE ARANA.
<i>D. Amadeo.</i>	SR. BARTA.
<i>Salvador.</i>	SR. BARCELÓ.

La acción en Madrid: época actual.

Las indicaciones de derecha é izquierda se refieren á las del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los señores comisionados de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de representación y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala con puerta al foro y laterales.—A la izquierda, en primer término, una mesita.—Panoplias con armas decoran las paredes.—Varias sillas, colocadas convenientemente, completan el mobiliario.

ESCENA PRIMERA.

OBDULIA y D. AMADEO.

AMADEO. (Disponiéndose á salir.) Conque, ya lo sabes; si viene alguien preguntando por mí, le dices que vuelva á eso de las doce, poco más ó menos. (Yendo hacia el foro.)

OBDULIA. Bueno, papá.

AMADEO. (Desde la puerta.) ¡Ah! mira, puedes almorzar cuando quieras, que yo estoy convidado en casa de esos señores á quienes doy lección de armas. Adiós. (Vase por el foro.)

OBDULIA. Hasta luégo.

ESCENA II.

OBDULIA.

Aprovechemos esta ocasión en que papá no se halla en casa para escribirle á Federico. ¡Pobre-

cillo! ¡Cuánto me quiere! Llega á tal extremo su amor hacia mí, me adora tanto, que.... ayer me compró un abanico. Su valor.... no es gran cosa.... pero siempre.... un recuerdo.... Y que á caballo regalado no hay que mirarle el diente. En fin, no perdamos tiempo: voy á escribirle. De lo contrario va á decir, y con razón, que soy una ingrata. Mas.... calle: papá habrá cerrado su escritorio, como tiene por costumbre, y no podré sacar el tintero; sin embargo, le pondré una esquelita con lápiz, diciéndole que se pase por aquí. (Se sienta á la mesa, saca de un cajón pliegos de papel, sobres y lápiz y escribe.) «Querido Fede: dispensarás....» nó, nó. «Quisiera....» tampoco. «Mi amor es....» ¿Y qué puedo yo decirle de amor, que ya no se lo sepa de memoria? Esta mañana estoy torpe. Pero ¿para qué voy á cuidarme de la forma en esta pequeñez? Vaya. (Escribe con resolución.) «Querido Fede: Desearía te pasases por aquí. Tuya, Obdulia.» Asunto concluido. Le pondremos el sobre: (Escribe.) «Sr. D. Federico....» Es bastante. Prudencia, que es quien la ha de llevar, ya conoce la calle y el número.... (Se levanta.) ¡Prudencia!

ESCENA III.

OBDULIA y PRUDENCIA, por el foro.

PRUD. Señorita, ¿llamaba usted?

OBDULIA. Sí: deja lo que estés haciendo y lleva esta carta, al momento, al joven de marras....

PRUD. ¿Al de marras... ó al de la esquina?

OBDULIA. ¿Á cuál ha de ser? Ese es el de marras; pero te advierto que esto es sólo para nosotras.

PRUD. Bueno; descuide usted, que yo no abriré mis labios.

OBDULIA. Eso, eso es lo que deseo. Conque anda de prisa.

PRUD. Voy al momento. (Vase por el foro.)

ESCENA IV.

OBDULIA, después SALVADOR.

OBDULIA. Dios quiera que esté Federico levantado. (Se dirige á la mesita.) Quitaré estos pliegos de aquí para que no haya sospecha de ninguna clase. (Los quita y los guarda en el cajón.)

SALVAD. (Por el foro.) Muy buenos días, señorita.

OBDULIA. Muy buenos días.

SALVAD. Usted dispensará que yo me haya entrado como Pedro por su casa; pero al mismo tiempo que entraba, salía una criada que me indicó el camino para venir aquí.

OBDULIA. (Sentándose.) Está bien. ¿Y qué se le ofrece á usted?

SALVAD. ¿Es cierto que en esta casa vive un profesor de armas?

OBDULIA. Ciertísimo: es mi papá.

SALVAD. ¿Haría usted el favor de decirle que necesito hablar con él?

OBDULIA. Caballero, mucho lo siento; pero en este instante no está en casa. Puede usted esperarle, si gusta, porque ya ha de tardar poco.

SALVAD. Si es así, tomaré permiso con el asiento.... digo, tomaré asiento con el permiso de usted. (Se sienta.)

OBDULIA. Usted es muy dueño. Y, aunque sea mucha curiosidad: ¿qué le trae por aquí?

SALVAD. ¡Ay! sólo de pensarlo me estremezco.

OBDULIA. ¿Algún duelo?

SALVAD. Uno.

OBDULIA. ¿Y qué cuestión ha motivado...?

SALVAD. Una.

OBDULIA. ¿Cuál?

SALVAD. Óigame con atención, porque esto es para contarle despacio. La otra tarde, regando mis tientos en la azotea, tuve un descuidillo y dejé caer una maceta á la calle, seguida de la regadera, que también se me escapó de las manos. Y, vamos á ver: ¿tengo yo la culpa de que mi vecino,

el del principal, estuviese asomado al balcón, vestido con su mejor terno de dril blanco, y que se le pusiese hecho una lástima con la tierra y el agua, amén del porrazo que llevó en las espaldas?

OBDULIA. Nó, señor; usted no es el culpable.

SALVAD. Pues él, sin andarse con chiquitas, y poniendo el cielo en el grito....

OBDULIA. ¿Cómo?

SALVAD. Digo, el grito en el cielo; me dijo hecho un toro: —¡Mañana mismo le mandaré los padrinos!

OBDULIA. ¿Se pondría muy enfadado?

SALVAD. Sí, señorita; estaba que cogía las manos con el cielo....

OBDULIA. ¿Cómo?

SALVAD. Digo, el cielo con las manos.

OBDULIA. Bien; al venir usted aquí, supongo que el duelo será á sable, ó....

SALVAD. Eso es, á sable. Ahora, lo que yo no sé es á cuántos pasos. Yo he dicho que á veinticinco y sin avanzar.

OBDULIA. ¡Entonces van ustedes á necesitar un sable...!
(Abre los brazos indicando un tamaño colosal.)

SALVAD. Nó, señorita; necesitamos dos sables.

OBDULIA. ¿Y es á primera sangre, ó á muerte?

SALVAD. Él dice que á primera sangre; pero se tirará á matar. Es muy bruto. Y lo que más me carga de ese caballero es que no haya podido comprender todavía que uno de la *Protectora de animales y plantas*, como soy yo, riegue las macetas por las tardes.... y....

OBDULIA. ¡Ahl! ¿Usted es de la *Protectora de animales*?

SALVAD. Sí, señorita; por eso quiero proteger á mi vecino, no queriéndome batir. Porque lo mismo que él me puede hacer añicos, lo puedo yo hacer á él, y.... ya ve usted.... un animal....

OBDULIA. ¿Así lo trata usted?

SALVAD. No le cuadra más nombre que ese. (Mira el reloj.) Mas.... ya se tarda su papá. Tengo que retirarme: volveré más tarde. (Se levanta.)

OBDULIA. Ya debe tardar muy poco.

SALVAD. Sin embargo, me marchó hasta luégo, porque tengo que arreglar algunos asuntillos todavía. (Afligido.) ¡Y que el duelo es mañana á las seis de la mañanal ¡Pobre de mí! Yo que me levanto siempre tarde, ¿me voy á tomar ese madrugón nada más que para que me dividan?

OBDULIA. Pero ¿usted cree que va á morir?

SALVAD. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si me acostaré esta noche para no volverme á levantar! Es decir, ¡quién sabe si me levantaré mañana para no volverme á acostar!

OBDULIA. No piense usted esas cosas.

SALVAD. Bien; dígame á qué hora podré volver para encontrar aquí á su papá.

OBDULIA. Á eso de las doce, con seguridad.

SALVAD. Pues, señorita, á los pies de usted. (Vase por el foro.)

OBDULIA. Beso á usted la mano.

ESCENA V.

OBDULIA y PRUDENCIA, por el foro.

PRUD. Ya estoy de vuelta.

OBDULIA. ¿Hiciste el encargo?

PRUD. En cuanto usted me lo dió.

OBDULIA. ¿Salió él á recibirte?

PRUD. Sí, señora, y me dijo que vendría de seguida.

(Campanillazo.)

OBDULIA. Á ver.... ¿han llamado?

PRUD. Me parece que sí; voy á ver quién es. (Vase por el foro.)

ESCENA VI.

OBDULIA, después FEDERICO.

OBDULIA. Debe de ser Fede, porque todavía es temprano para que vuelva papá. (se sienten pasos) Él es, no hay duda. Conozco muy bien sus pasos.

FEDERIC. (Por el foro.) ¡Querida Obdulia! (Con satisfacción.)

OBDULIA. Adiós, Fede. Siéntate. (idem.) (Se sientan.)

FEDERIC. ¿Qué se te ofrecía con tanta urgencia?

OBDULIA. Nada... sino que como papá había salido, dije: esta es la mejor ocasión para que nos veamos.

FEDERIC. Pues á propósito. Yo tengo que hablarte detenidamente.

OBDULIA. Ya oigo. Empieza.

FEDERIC. Verás. Llevamos seis meses, semana y media, dos días, una hora y quince minutos, puesto que ahora son las once y cuarto, de relaciones, y tu padre aun ignora estos castos amores. De modo que me parece que debemos....

OBDULIA. ¿Descubrir el pastel?

FEDERIC. Eso; y no andar con tanto misterio. Me carga, la verdad, estar un día metido en el baúl; otro escondido en el ropero; otro teniendo que poner pies en polvorosa para que no me vea, y demás sustos y sobresaltos que llevo pasados desde que entré en relaciones contigo. Por todo lo cual vengo decidido á volver á la hora que te parezca oportuna para pedir tu mano. Si quieres poner á tu papá en antecedentes....

OBDULIA. Veremos. Según le vea el cariz. Mas.... yo creo que primero debemos decirle que tú me amas, que yo te adoro... y una vez convencido, que estoy casi segura de que transige, se le dice, á la semana si quieres, ó á los dos días, si á mano viene, que nos queremos casar.

FEDERIC. Déjate de tonterías. Entonces va á ser esto el cuento de nunca acabar. (Levantándose de repente) ¿Á qué hora viene tu padre?

OBDULIA. Dentro de media hora estará aquí. (Levantándose.)

FEDERIC. ¿Á eso.... de las doce?

OBDULIA. Sí.

FEDERIC. Bueno; pues á esa hora me verás entrar resuelto completamente.

OBDULIA. Y... verémos lo que sucede.

FEDERIC. ¿Qué ha de suceder? Que nos casamos. Descuida, que no ocurrirá otra cosa. Vamos... no aguantó más. La semana anterior por poco me asfixio

en el baúl mundo. Y hasta para ustedes es perjudicial. ¿Te acuerdas cuando me encerraste en la alacena y me comí dos salchichones de Vich? ¿Te acuerdas?

OBDULIA. Sí, sí.

FEDERIC. Pues yo también me acuerdo.... Y con gusto.... porque eran muy ricos. Conque, ya sabes. Á las doce, sobre poco más ó menos, me tendrás aquí.

(Yendo hacia el foro.)

OBDULIA. (Idem.) Celebraré infinito que triunfemos.

FEDERIC. Y yo. Hasta luégo, Obdu.

OBDULIA. Adiós, Fede.

FEDERIC. Adiós. (Vase por el foro.)

ESCENA VII.

OBDULIA.

(Avanzando.) Verdaderamente tiene razón Fede al querer pedir mi mano; porque, de seguir así, es lo más probable que algún día salga descalabrado ó cosa así. La semana pasada, á poco más viaja contra su voluntad: le encerré en el baúl para que papá no le viese, y si no es porque acudí á tiempo, le facturan con destino á Marchena. ¡Cuánto me ama! Por mí únicamente sufre todas estas peripecias; así es que el infeliz no ve más salida que visitar hoy á mi padre y contárselo todo. Le alabo el gusto. Yo en su lugar haría otro tanto.

ESCENA VIII.

OBDULIA y D. AMADEO, por el foro.

AMADEO. Hola, Obdulia.

OBDULIA. Hola, papá.

AMADEO. ¿Qué haces aquí?

OBDULIA. Nada.... Te esperaba para darte una razón respecto de....

AMADEO. Habla, habla.

OBDULIA. Un joven, algo tonto por cierto, estuvo hace un rato preguntando por tí, y me dijo que necesitaba verte, pues tenía un duelo mañana á las seis y quería dar algunas lecciones. Yo le dije que no te encontrabas en casa y respondió que volvería.

AMADEO. Oye, ¿te dijo á qué era el desafío?

OBDULIA. Á sable.

AMADEO. Mejor que mejor. ¿Qué hora será?

OBDULIA. No lo sé á punto fijo; pero supongo que pronto darán las doce.

AMADEO. ¿No has almorzado todavía?

OBDULIA. Nó; ahora voy.

AMADEO. Anda, anda, y nunca dejes esas cosas para tan tarde.

OBDULIA. Bueno. (Vase segunda izquierda)

ESCENA IX.

D. AMADEO.

¡Qué malos están los tiempos! Se pasa uno la vida entera esperando que llegue alguien á dar lección. Caen de higos á brevas, cuando caen. Y ahora, de los siete discípulos que tenía seguros, uno se muere; otro tiene unas agujetas terribles y no se puede menear; otro se va fuera.... y en suma, que no me han quedado más que dos. En fin, me pondré en facha y esperaré á ese pollito un poco tonto, según mi hija. (Quitándose la marinera, que dejará sobre una silla.) ¡Qué endemoniado verano! Si seguimos así mucho tiempo, concluiremos por derretirnos como la manteca. ¡Mal tiro le den á la manteca! Ea, ya estamos al pelo. (Se pasea.) Ahora lo que hace falta es que venga prontito ese pollo.... y.... á ver lo que se pesca. Por supuesto; como sea endeble, Dios se las depare buenas. Y es casi seguro que hoy da su lección tan fresco, y mañana llega la hora del de-

safío y se levanta de la cama con unos dolores que no se puede mover siquiera. Si al adversario le sucede lo mismo, se van á divertir. Pero, en fin, yo cumplo con mi obligación. Voy á examinar los sables que estén en mejor estado para dar lección con ellos. (Se dirige á las panoplias. Coge dos sables.) Éstos no son malos. Ni buenos tampoco.... (Coloca uno de ellos sobre una silla y con el otro marca los movimientos al mismo tiempo que los nombra.) Guardia. Corte uno revés uno. Corte dos revés cuatro. Parada en primera. Avanzar.... retroceder un poco.... y.... corto tres revés tres. Muerto el contrario. Es decir, muerto si no pára los golpes. (sigue dando cortes y revéses, sin nombrarlos, acercándose al foro. Cuando está cerca de la puerta entra Federico.)

ESCENA X.

D. AMADEO y FEDERICO.

FEDERIC. Muy buenos días. (¡Bonito modo de recibirme!)

(Con el sombrero puesto.)

AMADEO. Buenos días. ¿Usted es el...?

FEDERIC. El mismo, servidor de usted.

AMADEO. (Deja el sable junto al otro en la silla) Ya, ya me ha indicado algo mi hija.

FEDERIC. ¿Y qué le ha parecido?

AMADEO. Hombre, por usted.... lo siento.

FEDERIC. ¿Por mí? ¡Si yo estoy contentísimo!

AMADEO. (¡Qué valor!) Pues entonces, al pelo. Porque siempre, como usted comprende.... algo se gana.

(Desde este momento hasta el final de la escena está Federico completamente atortolado.) Y, vamos á ver. ¿Qué sabe usted?

FEDERIC. El que lo tiene que saber todo es usted. ¡Digo yo!

AMADEO. Yo.... naturalmente.... sé....

FEDERIC. Sí, sí; comprendido.

AMADEO. Hombre, y aunque peque de curioso, ¿cómo salió esa cuestión?

FEDERIC. Con el periniso de usted voy á sentarme y le hablaré detenidamente.

- AMADEO. Sí, señor; usted lo tiene. (Se sientan) (Me admira su serenidad.)
- FEDERIC. Verá usted. Nosotros nos conocimos en una hermosa tarde del mes de Abril. El pajarillo gorjeaba en el nido.... el arroyuelo más sereno que nunca.... y.... en fin, en aquella tarde....
- AMADEO. ¡Mal tiro le den á la tarde!
- FEDERIC. Todo era alegría.... color... flores.... brisa... luz... aroma.... lilas.... y.... en una palabra.... hermosura. Y lo que son las cosas de este mundo....
- AMADEO. Sí; se odiaron ustedes á muerte.
- FEDERIC. (¿Á muerte? ¿Qué dice este hombre?)
- AMADEO. Bien, ¿y qué más?
- FEDERIC. Que en una mañana deliciosa.... pura....
- AMADEO. Bah, bah, déjese usted de poesía.
- FEDERIC. Pues en esa mañana....
- AMADEO. Le dió usted dos palos.
- FEDERIC. No comprendo....
- AMADEO. Bueno, hombre, que fueron más los palos. Dos bien dados equivalen á cuatro flojos.
- FEDERIC. (Este señor está loco.)
- AMADEO. Siga usted.
- FEDERIC. Desde entonces.... ya....
- AMADEO. Quedó manchado el honor.
- FEDERIC. ¿Qué?
- AMADEO. (Levantándose.) Nada, que no perdamos tiempo.
- FEDERIC. (Se levanta.) (¿Me querrá casar hoy mismo?)
- AMADEO. Quitese usted el sombrero.
- FEDERIC. (Se lo quita y lo pone sobre una silla.) (¡Diantres! Ya cometí una torpeza. Á nadie se le ocurre quedarse con el sombrero puesto.)
- AMADEO. Y la levita.
- FEDERIC. La levita.... ¿Para qué?
- AMADEO. Porque siempre es más cómodo.
- FEDERIC. (¿Más cómodo para casarse?)
- AMADEO. Ó, si usted no quiere, déjesela puesta.
- FEDERIC. Eso será lo mejor.
- AMADEO. (Cogiendo los sables.) Y ahora....
- FEDERIC. ¡Ay! ahora menuda paliza me voy á mamar....)
- AMADEO. ¿Usted sabrá saludar? (Dándole un sable.)

FEDERIC. Sí, señor. Lo del sombrero fué un descuido.
(Ya me lo echó en cara.)

AMADEO. (Colocándose en guardia.) Póngase en guardia; así, como estoy yo.

FEDERIC. ¿Así? ¿Á qué distancia?

AMADEO. Á unos diez ó doce pies de mí.

FEDERIC. ¿Qué demonios irá á hacer conmigo este hombre?) (Se coloca como le dijo.)

AMADEO. Ahora, para que vaya usted aprendiendo las paradas, deme usted un sablazo.

FEDERIC. Hombre, un sablazo....

AMADEO. Sí, señor.

FEDERIC. Mucho trabajo me cuesta; pero, en fin, si es empeño.... deme usted dos pesetas.... (Acercándose á don Amadeo.)

AMADEO. ¡No es eso! Un sablazo en sentido recto.

FEDERIC. (Retrocediendo y poniéndose como estaba.) (No conozco esa moneda.)

AMADEO. Bien; ¿usted sabe parar?

FEDERIC. Á mí me parece que sí.

AMADEO. Pues allá voy; vamos á verlo. (Le va á dar un corte.)

FEDERIC. (Huyendo.) ¡Eh! ¡eh! pare usted.

AMADEO. ¡Qué parada es esa!

FEDERIC. La.... la.... (¿Qué tendré yo que ver con esto?)

AMADEO. Vamos, vamos al caso. Vuelva á colocarse en guardia.

FEDERIC. ¿Cómo es?

AMADEO. (Colocándolo.) Así, hombre. Cuidado con moverse. El corte primero.... ¿usted lo sabe, eh?

FEDERIC. Nó, señor; no lo recuerdo precisamente.

AMADEO. ¡Como me dijo usted que sabía algo!

FEDERIC. Sí, señor; yo le dije á usted que sabía algo; pero también usted me dijo que su hija le había indicado mi pretensión, y, por lo visto, no le ha dicho una palabra,

AMADEO. (¡Mal tiro le den!) ¡Me lo ha dicho todo! Continuemos. (Se pone en guardia.) El corte primero.... le iba á decir á usted que es á la cabeza.

FEDERIC. De manera que á la cabeza.... (¿Y á mí qué?)

AMADEO. (Señalándolo.) Así, hombre, así.

FEDERIC. ¿Conque así, eh? (Marcándolo muy mal)

AMADEO. (Acercándose á Fedé.) Vamos, ya veo que usted no quiere limpiar el honor.

FEDERIC. (Cambiando de posición.) Pero si yo no lo tengo sucio....

AMADEO. ¡Cómo que no! Lo he dicho cincuenta mil veces y lo vuelvo á repetir otras tantas: en el siglo diez y nueve no hay hombres. Mi deseo hubiera sido vivir en el diez y ocho. En aquel siglo en que por la menor ofensa se sacaba la espada y se limpiaba el honor, como....

FEDERIC. Sí, lo mismo que un par de botas.

AMADEO. Eso es. Y ahora le voy á dar á usted un consejo para cuando llegue la hora.

FEDERIC. Vamos á ver.

AMADEO. ¿Usted tiene miedo? Porque me parece que es usted algo medroso.

FEDERIC. Cierto, soy algo medroso; pero no sé por qué voy á tener miedo en un caso como éste.

AMADEO. ¡Caracoles! Es usted el único que me ha dicho eso de los muchos que vienen con el mismo objeto.

FEDERIC. ¿Pero vienen muchos con mi mismo fin?

AMADEO. Sí, señor; la mar de ellos. Escritores tronados.... periodistas.... sietemesinos.... etc., etc.

FEDERIC. ¿Y usted qué les dice?

AMADEO. Yo.... que bueno. ¿Qué les he de decir?

FEDERIC. (¡Ay, yo que creía que era el único!) (Asustado.)

AMADEO. Éa, sigamos. Que estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Los dos no caben ustedes en el mundo!

FEDERIC. ¡Ya lo creo! Como que una vez me metí yõ solo y por poco me ahogo.

AMADEO. No me entero de una palabra de lo que dice usted.

FEDERIC. El que no se entera soy yo.

AMADEO. Bien; póngase en guardia de nuevo.

FEDERIC. ¿Para qué?

AMADEO. Para ver si aprende usted y consigue limpiar su honor.

FEDERIC. Dale, bola. ¿No le he dicho á usted que yo no lo tengo sucio? Á no ser que enamorarse sea....

AMADEO. ¿Pero usted está enamorado de él?

FEDERIC. De él nó; de ella.

AMADEO. ¡Ah! ¿Luego el desafío ha sido motivado por cuestión de amores?...

ESCENA XI.

DICHOS y PRUDENCIA, después SALVADOR.

PRUD. (Precipitada, por el foro.) Señorito.

AMADEO. ¿Qué quieres?

PRUD. Ahí está un caballero que desea hablarle.

AMADEO. Dile que pase. (Vase Prudencia por el foro.)

FEDERIC. (Verémos en qué pára esto.)

SALVAD. (Por el foro.) Caballero, muy buenas tardes.

AMADEO. Muy buenas tardes.

SALVAD. Yo vengo á decirle únicamente que dispense me haya tardado y que no me espere para dar lección.

AMADEO. ¿Y quién le esperaba á usted? ¿Usted quién es?

SALVAD. Yo soy el que habló esta mañana con su hija....

FEDERIC. (¡Zambombita!)

SALVAD. Y le dije que tenía un desafío mañana á las seis; pero que ya el vecino de enfrente, el del bajo y el del quinto han contribuido á que no se efectúe el duelo y se ha arreglado todo amigablemente. Por eso he venido á que usted me moleste, digo, á que usted me dispense, y por si acaso le he molestado.... usted lo pase bien.

(Yendo hacia el foro.)

AMADEO. Eso es; ¿por si acaso me ha molestado se va?

SALVAD. Sí, señor; usted lo pase bien. (Vase por el foro.)

ESCENA XII.

D. AMADEO y FEDERICO.

FEDERIC. (Coge su sombrero, suelta el sable y se dispone á marchar.) Y usted lo pase bien.

AMADEO. ¡Nó, señor, qué disparate! (Cogiéndolo por un brazo y deteniéndolo.) Usted se está aquí quieto, hasta que me diga á lo que ha venido.

FEDERIC. ¿Ahora con esas? (Deja el sombrero sobre una silla.)

AMADEO. Es natural, como que le he tomado á usted por el otro.

FEDERIC. Pues vengo.... Suelte usted el sable.

AMADEO. Lo dejaré con tal que acabe. (Lo deja.)

FEDERIC. El caso era.... que en una hermosa tarde del mes de Abril.... mi corazón....

AMADEO. ¿Qué le pasa á su corazón de usted?

FEDERIC. Está herido.

AMADEO. Me tiene completamente sin cuidado.

FEDERIC. Es que usted es el único que puede curar esa herida.

AMADEO. (Me huele á amores.) ¿Quizá soy yo médico?

FEDERIC. Nó; pero tiene usted un botiquín salvador.

AMADEO. ¿Que yo tengo un botiquín?

FEDERIC. Sí, señor.

AMADEO. Dígame usted dónde está.

FEDERIC. (Señalando á la primera derecha.) En aquel cuarto.

AMADEO. ¡Joven, joven, esa es la habitación de mi hija!

FEDERIC. Pues ese.... ese es el botiquín, precisamente....

AMADEO. ¿La alcoba?

FEDERIC. Nó, señor; su hija de usted. (Ya la solté.)

AMADEO. ¡Cómo! ¿Usted la ama?

FEDERIC. Sí, señor, con todo mi corazón, y ella á mí más.

AMADEO. Me parece que está usted equivocado, y que ni mi hija le quiere, ni ese es el camino.

FEDERIC. Le digo á usted que me ama, y hay testigos.

AMADEO. ¿Cuáles?

FEDERIC. El baúl mundo, el ropero y dos salchichones de Vich.

AMADEO. No acierto.... Á ver. ¡Obdulia!

(Federico deberá haber quedado á la derecha del escenario y D. Amadeo en el centro, de modo que al llegar Obdulia esté entre ella y Fede don Amadeo.)

ESCENA XIII.

DICHOS y OBDULIA, primera izquierda.

OBDULIA. ¿Qué, papá? (Al ver á Fede.) (Ay, Federico.)

AMADEO. (Á Obdulia.) ¿Quién es este señor?

OBDULIA. Ese joven....

AMADEO. Sí, este joven.

OBDULIA. Fede....

AMADEO. (Á Fede.) ¿Quién es esta señorita?

FEDERIC. Obdu....

AMADEO. (Á Obdulia.) ¿Y tú desde cuándo le conoces?

OBDULIA. Desde que él me conoce á mí.

AMADEO. (Á Fede.) ¿Y usted desde cuándo la conoce?

FEDERIC. Desde una hermosa tarde del mes de Abril.... en que el pajarillo gorjeaba en el nido....

AMADEO. (Tapándole la boca.) ¡Calle usted, hombre! Si eso ya me lo sé de memoria. ¡Conque es cierto que se aman ustedes!

OBDULIA. Sí, papá. Él venía decidido á pedir mi mano....

AMADEO. (¡Mal tiro le den á la mano!)

OBDULIA. Yo lo quiero mucho.

FEDERIC. Y yo también la quiero mucho.

LOS DOS. Los dos nos queremos mucho.

AMADEO. Perfectamente. Consiento en que se casen ustedes, ya que se aman tanto. Pero antes necesito tomar antecedentes de usted; (Á Fede.) porque no obstante de parecerme un chico decente y de buena posición....

FEDERIC. Sí; yo soy muy rico.

AMADEO. ¿Creo que no lo extrañará usted?

FEDERIC. ¿Yo? ¡No faltaba más!

AMADEO. Pues, como prueba de mi buen deseo, esta tarde se quedará usted á comer con nosotros y hablaremos detenidamente.

FEDERIC. Con muchísimo gusto.

AMADEO. Ea, vamos hacia la sala y allí harémos tiempo hasta la hora de la comida. (Yéndose hacia la segunda derecha.)

OBDULIA. (Señalando al público.) Papá. Pero antes....

AMADEO. (Avanzando.) Es verdad, ya se nos olvidaba.

OBDULIA. Anda tú, Fede.

FEDERIC. Bueno. (Al público.) En una hermosa tarde del mes de Abril.... (Retrocede y se acerca á D. Amadeo) NÓ, nó, yo no sirvo para estas cosas. Usted está más en carácter.

AMADEO. Corriente. (Al público.)

Señores, una palmada
si es que os gusta este juguete;
y si á alguno no le agrada,
y silba, cojo un florete
y le doy una estocada.

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA

MADRID Y PROVINCIAS.—En las principales librerías y en casa de los comisionados de esta *Administración*.

SEVILLA.—En la librería de los Sres. Hijos de Fè y en la redacción de *Perecito*, con veinticinco por ciento de rebaja en el precio de cada ejemplar á los suscriptores de dicho periódico.